



Marco Provencio

El triunfo de salida de Bush

Con relación a prácticamente cualquier tema, es política y socialmente incorrecto opinar que el aún presidente Bush ha salido bien librado.

Es considerado casi un anatema, pero pese al riesgo de excomunión entre los amigos y de la calumnia de los tres lectores, hay que reconocer que el resultado de la reciente cumbre del G-20 favorece, en primer lugar, a Bush. A él en lo personal tanto como a la lectura que ha hecho su gobierno sobre la crisis económica (incluyendo la propia responsabilidad gubernamental en la materia) y las formas para salir de ella.

Será el presidente norteamericano con el índice de popularidad más bajo desde que existen encuestas más o menos comparables. Será una figura que cada vez se empequeñece más ante los tamaños de su antecesor y las expectativas que está generando su sucesor. Será el responsable directo de dejar a su país sumido en la peor crisis financiera y económica en décadas, con dos guerras de por medio y con una imagen internacional por los suelos. Y sin embargo, aunque no le sirva de gran cosa y posiblemente ni siquiera del menor consuelo, resulta ser el gran triunfador de la semana pasada.

A dos meses de dejar la Presidencia, reunió en Washington a dos docenas de líderes mundiales. Será la magnitud de la crisis o será el sereno, pero el hecho es que si hubiera propuesto tener ahí a cuanto jefe de Estado o de gobierno hay sobre el planeta, difícilmente hubiera faltado uno, independientemente de la cacofonía mundial que ello hubiera significado. Bueno, no; sabemos de uno que otro por los caminos de los delirios del sur que hubieran hecho todo el ruido posible para subrayar su ausencia.

La declaración oficial que acordaron los líderes presentes en Washington da la apariencia de haber sido redactada en la misma Casa Blanca. Salvo adecuaciones o divergencias no sin importancia aunque pocas

en apariencia, resultó ser una declaración de consenso por parte de los asistentes. La magnitud de la crisis ha generado recurrentes llamados a decretar el fin del capitalismo, a extender el acta de defunción del sistema de libre mercado y, por tanto, a sugerir la condena perpetua cuando no la hoguera a todo aquél que considere que se requiere un manejo técnico de la economía tanto como político de la política. Aún así, tanto los líderes de Argentina, Brasil y China, por un lado, como de Canadá, Francia y Japón, por el otro, más el resto de la concurrencia coincidieron en las causas de fondo de la crisis: vulnerabilidades en el sector financiero a raíz de la búsqueda de mayores ganancias en un marco de débil regulación y opacidad en la información.

Coincidieron también en cinco principios comunes para guiar la necesaria reforma de los sistemas financieros en el mundo: reforzar la transparencia y la responsabilidad; mejorar la calidad de la regulación; promover mayor integración de los sistemas financieros; reforzar la cooperación internacional y reformar las instituciones financieras internacionales. Por si fuera poco, los líderes reconocen que las reformas necesarias para salir de la crisis económica sólo tendrán éxito si se mantiene el compromiso a los principios del libre mercado.

¿Dónde quedó el tan ansiado cambio de paradigma para algunos? ¿Acaso hay quien realmente crea que en realidad los presidentes Hu Jintao o Lula da Silva o Sarkozy o el mismo Bush son lo mismo? ¿No será que a estas alturas de la historia hay obviedades que han sido demostradas hasta la saciedad? Van tan sólo dos. Una: la democracia no es un sistema perfecto de gobierno, pero es claro que es el menos malo de los sistemas conocidos. Dos: la mejor forma de asignar los recursos productivos de manera eficiente y, por tanto, crear riqueza es el libre mercado. Corresponde al ámbito de la política el establecer mecanismos eficaces de distribución de dicha riqueza. Pero nuestro país



se pierde entre una sociedad débilmente convencida de la primera obviedad y una clase política insuficientemente preparada para la segunda, saturada de ideología y anémica de pragmatismo para distinguir lo que funciona a la sociedad de lo que sólo sirve a los grupos de interés. Por eso, y para lo que sirva, con todo y todo el ganador de esta reunión del G-20 fue Bush.

Del otro lado.

Ayman al Zawahiri, considerado el número dos de Al Qaeda, se refiere a Barack Obama como "un esclavo negro, empleado de hogar al servicio de los blancos... justo lo contrario de los estadounidenses negros honorables como Malcom X...". No es un discurso alejado del que López Obrador mantiene, radicalizando en opinión de algunos, contra el Presidente y las instituciones. ■M

mp@proa.estructura.com.mx

La declaración oficial que acordaron los líderes presentes en Washington da la apariencia de haber sido redactada en la Casa Blanca

